

NEW LEFT REVIEW 124

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2020

	ARTÍCULO	
SIMON HAMMOND	Los movimientos del caballo	7
LOLA SEATON	Reverdecer la nación	47
GÖRAN THERBORN	Sueños y pesadillas	69
GAVIN RAE	El espejo de Polonia	97
ALICE BAMFORD	Matemáticas y movimiento moderno	116
FRANCO MORETTI	Los caminos que llevan a Roma	135
	CRÍTICA	
ALPA SHAH	Para entender a Modi	148
NICK BURNS	Naciones elegidas	156
OLIVER EAGLETON	Generaciones políticas	169

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

K. S. Komireddi, *Malevolent Republic: A Short History of the New India*, Londres, Hurst, 2019, 259 pp.

ALPA SHAH

EXPLICANDO A MODI

Si las encuestas de opinión son correctas, el primer ministro indio Narendra Modi es actualmente el dirigente más popular del mundo. En el momento álgido de la pandemia, en abril y mayo de este año, su índice de aprobación superaba el 80 por 100, mientras que Johnson, Trudeau y López Obrador se quedaban en el 60 por 100 y Trump, Macron y Abe no conseguían llegar al 50 por 100. Las elecciones de 2019 le dieron un segundo mandato con una considerable mayoría de escaños en la Lok Sabha, la Cámara baja del Parlamento indio. Al mismo tiempo, su actuación hacia las minorías del país –la imposición de la ley marcial en Cachemira y la exclusión de los musulmanes de las enmiendas a la Ley de Ciudadanía de 2019, unido a su callada tolerancia de la epidemia de linchamientos, quemas y palizas desencadenada sobre musulmanes y *dalits*– ha sido cualitativamente más brutal que la de Bolsonaro o Trump. Entonces, ¿cómo podemos explicar el fenómeno Modi? El punto de partida de Kapil Komireddi en *Malevolent Republic* es que considerar a Modi una aberración sería una «mentira auto-complaciente». En vez de ello, Komireddi –un periodista independiente de Hyderabad, que reside actualmente en Occidente– ofrece tres razones para explicar su ascenso.

En primer lugar, *Malevolent Republic* señala las décadas de fracasos del Partido del Congreso y, por encima de todo, la corrupción, el nepotismo, el autoritarismo y la avaricia de su familia gobernante. Aunque Nehru y Gandhi quedan absueltos, desde la década de 1960 el Partido del Congreso se convirtió

en «un coto cerrado para disfrute de la parasitaria progenie de Nehru». La primera mitad del libro es un implacable relato cronológico de las fechorías del Partido en el que se fustiga a los sucesivos dirigentes que precedieron a Modi: «Erosión», «Rendición», «Decadencia», «Disolución», ponen título a los capítulos. Indira, la hija de Nehru, desplegó sus «impulsos despóticos» utilizando al Partido «como un laboratorio para poner a prueba su voluntad», mientras que su hijo Sanjay carecía de «la más mínima inclinación democrática», como se puso de manifiesto con las campañas de desalojo de zonas urbanas hiperdegradadas y de esterilización que puso en marcha durante el Gobierno de Emergencia del periodo 1975-1977. Millones de personas perdieron sus casas cuando distritos enteros fueron arrasados por las excavadoras en los proyectos de «embellecimiento» de Sanjay y millones de varones pobres y vulnerables fueron arrastrados para pasar por la cuchilla y cumplir sus objetivos de «planificación familiar». Disidentes, defensores de los derechos democráticos, sindicalistas y socialistas fueron encarcelados sin cargos, se impuso una fuerte censura de prensa y la expulsión de periodistas extranjeros y los medios de comunicación pasaron a glorificar la figura de Sanjay.

Después de las consecuencias del asalto militar que realizó Indira sobre el Templo Dorado *sij* –fue asesinada en 1984 por sus propios guardaespaldas *sijs*– su otro hijo Rajiv inició su reinado con un pogromo orquestado por los dirigentes locales del Partido del Congreso. Tres mil *sijs* fueron asesinados en Delhi: la policía llegó a retirarse de las zonas *sij* antes de que la turba entrara en ellas. Komireddi señala que fue un precedente para la matanza de musulmanes que se produjo con Modi en Gujarat en 2002. Fue Rajiv quien ordenó que se abrieran las puertas de Ayodhya para permitir que los nacionalistas hindúes pusieran los cimientos de un futuro templo dentro de la mezquita de Babri. Cuando los líderes musulmanes protestaron, Rajiv los apaciguó prohibiendo los *Versos Satánicos* de Salman Rushdie, después de haber saboteado los derechos de las mujeres musulmanas en el caso Shah Bano. Tras el asesinato de Rajiv a manos de un terrorista suicida tamil como respuesta al envío del ejército a Sri Lanka, el nuevo líder del Partido del Congreso, Narasimha Rao, fomentó los lazos con el BJP permaneciendo en silencio ante la destrucción de la mezquita de Babri. Komireddi denuncia al ministro de Hacienda del Partido del Congreso, Manmohan Singh, como un «Pinochet del subcontinente» por su represión de los naxalitas y sus duras medidas neoliberales, su recorte de los subsidios y la entrega de las tierras a empresas extranjeras. El rápido crecimiento económico fue acompañado de un aumento de la desigualdad. La creciente clase media hindú, desmoralizada por décadas de traiciones del Partido del Congreso y liberada de los ideales de moderación de Nehru por las reformas neoliberales de Rao y Singh, estaba dispuesta a considerar la violencia registrada en Ayodhya,

que posteriormente se extendió a otros lugares, como un «mensaje de autoafirmación e incluso de redención».

En segundo lugar, *Malevolent Republic* pasa a ocuparse de los «historiadores seculares» y de los intelectuales indios. Un blanco especial es Romila Thapar, autora del primer volumen de la renombrada *History of India* de Penguin y de muchas otras obras sobre la historia temprana del país. Según Komireddi, el «bienintencionado saneamiento del pasado» que realizaron estos académicos y académicas no consiguió ofrecer un relato adecuado de las invasiones persa y mogol del norte de India y de los siglos de dominio musulmán. Komireddi sostiene que durante las primeras décadas tras la independencia estos intelectuales desaprovecharon la oportunidad de proporcionar a los indios (hindúes) una narrativa franca de su herencia «devastada» –las grandes mezquitas construidas a partir de los fragmentos de templos destrizados– que les podía haber reconciliado con su «desgarrador pasado» y permitido un desapego maduro del mismo. En vez de ello, Thapar y sus colegas «encubrieron la espantosa actuación» de los invasores con bonitos eufemismos», prefiriendo hablar de sus logros culturales. Los textos escolares presentaban un idílico panorama de la India medieval en el que musulmanes e hindúes coexistían en una armonía que solo estalló con la llegada de los británicos. Pero Komireddi sostiene que el encuentro con los musulmanes dejó una «profunda herida». Los eufemismos que acompañaban a la presentación efectuada por Thapar y sus colegas del dominio mogol había «infantilizado a los indios» y les había dejado a merced de las «estupideces de los nacionalistas hindúes», que aprovecharon la oportunidad para «utilizar la historia como un arma» y retratar a los musulmanes como insensibles ante los sentimientos heridos de los hindúes. De acuerdo con *Malevolent Republic*, todo ello proporciona la segunda precondition para el ascenso de Modi: «La confusión de un país que había aplazado la tarea de ocuparse con sinceridad de su traumático pasado estaba madura para ser explotada».

En tercer lugar, Komireddi sostiene que el respaldo de las grandes fortunas –desde los Tata a los hermanos Ambani– y los elogios de académicos tan eminentes como Jagdish Bhagwati, de la Universidad de Columbia, o Gurcharan Das, el autor de *India Unbound* (2002) educado en la Universidad de Harvard, fueron decisivos para el éxito del BJP. «Intelectuales e industriales» pulieron la imagen de Modi convirtiéndolo en un «modernizador tecnocrático» y ensalzando su «visión» y su capacidad para sacar las cosas adelante. Por otro lado, las «desvergonzadas élites indias fueron fácilmente cooptadas para reclutar seguidores, pidiendo a cambio solamente un compromiso con el mercado». Inversores, diplomáticos y políticos extranjeros peregrinaron a Gandhinagar para participar en sus ferias comerciales, cuando Modi era el jefe de gobierno de Gujarat entre 2001 y 2014. Aunque

el crecimiento de Gujarat fue acompañado de una baja movilidad social, se presentó de manera generalizada como el modelo de desarrollo para la India, dadas sus excelentes carreteras, su suministro de energía eléctrica y la disponibilidad de agua potable. El apoyo de Occidente fue igualmente obsequioso y la masacre de Gujarat en 2002 se olvidó pronto. Antes de las elecciones de 2014, la revista *Time* señalaba a Modi como uno de los dirigentes mundiales más influyentes, mientras Cameron le organizaba una guardia de honor, Hollande le agasajaba con un paseo en barco por el Sena y Obama le cubría de halagos. De ahí que «no hubiera la más mínima resistencia cuando Narendra Modi ocupó el poder en Delhi en el verano de 2014».

La segunda mitad de *Malevolent Republic* aborda la actuación de Modi al frente del gobierno. Una serie de breves capítulos exploran el culto a la personalidad de Modi (proyecciones holográficas en 3D que proyectan su imagen en pueblos que carecen de electricidad); la monstruosamente chapucera política de «desmonetización»; el auge de los vigilantes de vacas y la escalada de la violencia contra los musulmanes; la consolidación de la influencia del BJP en todas las instituciones del país, desde el Banco Central Indio a las universidades y el Tribunal Supremo. Aquí el tratamiento es más periodístico y los lectores de la prensa internacional estarán familiarizados con gran parte del material. Sin embargo, sobre Cachemira y la política exterior, Komireddi se revela como un halcón partidario de la línea dura: elogia a Modi por labrarse una «imponente figura en el escenario mundial», mientras «presenta a Delhi como un rival de Pekín» y «capaz de hacer realidad su postura de fuerza» al enviar tropas a Bután en 2017 para bloquear un proyecto chino de construcción de una carretera. Pero a continuación critica a Modi por no ser suficientemente duro cuando la invasión de Bután «se derrumbó convirtiéndose en un desesperado ejercicio de salvar la cara» al negarse Washington a enviar refuerzos. Por encima de todo, el libro está cargado de hostilidad hacia Pakistán, «un monumento a la intolerancia generalizada», un país atrapado por un «nacionalismo neurótico» y gobernado por «buitres». De los muchos dirigentes de los que habla Komireddi, Bhutto, el primer ministro de Pakistán durante la década de 1970, es el único que recibe un tratamiento despectivo citándolo continuamente como «Zulfi» (Zulfikar Ali Bhutto).

¿Qué explica el discurso hiperagresivo sobre política regional de *Malevolent Republic* que aparentemente supera al del propio Modi? Puede que la respuesta se encuentre en la carrera de Komireddi como periodista. Él mismo explica que tiene una gran deuda con David Frum, el comentarista político canadiense-estadounidense neoconservador que en 2002 acuñó el eslogan del «eje del mal» para el discurso de Bush sobre el Estado de la Unión. En 2009 Frum reclutó a Komireddi, recién salido de una Facultad de Derecho estadounidense y sin una idea clara de lo que quería hacer, y

le financió para que recorriera Pakistán con el fin de producir una serie de diez capítulos para la web Frum Forum, titulada «Pakistán: anatomía de un Estado fallido». Los editoriales de Frum establecen el tono: «El éxito de la India a la hora de forjar una nacionalidad a partir de su diversidad representaba un imponente repudio de la misma idea de Pakistán»; «Pakistán no podía tener éxito a no ser que India fracasara». O de nuevo: «El terrorismo al que nos enfrentamos tiene sus orígenes tanto en Oriente Próximo como en Pakistán. Nuestro amigo Kapil Komireddi ha regresado después de viajar por el país [...]». También en 2009, Komireddi –probablemente con la ayuda de Frum– publicó un artículo en *Foreign Policy* en el que llamaba a «hacer frente a China», («es hora de que India se muestre inflexible con China») y una columna de opinión en *The Guardian* sobre Cachemira: «Durante sesenta difíciles años, la India ha integrado radicalmente a diversas regiones bajo el estandarte de un nacionalismo pluralista. Su fracaso para alcanzar ese resultado en Cachemira se debe a Pakistán».

Sería un error considerar a Komireddi como un neoconservador, como deja claro *Malevolent Republic*. Advierte a Modi que no convierta a la India en «un Estado de primera línea dentro de la estrategia de algún otro para contener a China» y ataca «a la acaudalada minoría india, cautivada por visiones de un estatus superior elaboradas en Washington», la cual soñaba con enviar tropas a Iraq en 2003. Se burla de aquellos miembros de la elite india a los que se adula con ideas sobre el papel de potencia global del país que las realidades internas del mismo –falta de agua potable o sistemas de saneamiento– no justifican. En un artículo publicado en *The Guardian* en 2015, saludaba a Corbyn por su trayectoria anticolonial, algo que Frum no haría. Pero la formación geopolítica partidista de Komireddi –por encima de todo antipaquistaní, pero también antichina– resuena constantemente en el libro. Encargado por su editor londinense como una perspectiva general de «la nueva India» bajo el mandato de Modi, Komireddi describe cómo *Malevolent Republic* se convirtió en algo más: una polémica con carácter de diatriba.

¿Cómo habría que valorar este extraño y a menudo contradictorio libro? La explicación que ofrece Komireddi sobre el ascenso de Modi es una saludable alternativa al habitual discurso liberal occidental, que atribuye el avance del populismo de «hombres fuertes» a una hábil y cínica manipulación de los prejuicios de las clases menos favorecidas, que moviliza los resentimientos de los «excluidos» por el neoliberalismo contra las inocentes elites liberales. Critica con dureza justamente la actuación del Partido del Congreso –y a los medios de comunicación indios– y detalla el gran apoyo que recibió Modi de Obama, Cameron y Hollande. Al mismo tiempo, su relato está envuelto en una repulsa hacia Pakistán debida a su nacionalismo indio o quizá a la influencia de Frum, que le exigen atribuir exclusivamente a Pakistán la responsabilidad exclusiva por la partición de Jinnah, mientras

absuelve a la India de Nehru de cualquier responsabilidad. La actuación del bloque dirigente paquistaní ofrece innumerables blancos fáciles para la crítica y a los lectores no se les puede recordar con más insistencia la masacre de 1971 acaecida en el este de Pakistán, que contribuyó al nacimiento de Bangladesh. Komireddi tiene buenos motivos para afirmar que, dado el tratamiento que el gobierno de Pakistán dispensa a sus propios ciudadanos, difícilmente puede pretender ser un defensor de los musulmanes de la región. Sin embargo, un crítico genuinamente «secular» aplicaría los mismos criterios a ambas partes.

En vez de ello, la maniquea hostilidad de Komireddi hacia Pakistán exige un sistemático blanqueamiento de Nehru (*Malevolent Republic* dice poco sobre Gandhi). Se describe a Nehru corriendo a lugares donde se producen choques comunales sin preocuparse por su seguridad personal, amenazando a multitudes hindúes que planean masacrar musulmanes y esforzándose por ser «un modelo de liderazgo democrático». Sin embargo, mientras acusa a los historiadores seculares indios de maquillar las conquistas militares de cientos de años atrás, hace lo mismo con la sangre derramada por orden de Nehru que todavía está presente en la memoria. De acuerdo con su relato, Nehru no tiene ninguna responsabilidad por la matanza de aproximadamente cuarenta mil musulmanes por las tropas que desplegó para acabar con el levantamiento izquierdista contra el *nizam* de Hyderabad en 1947 (ni por el ocultamiento de la masacre). Las órdenes de Nehru para la toma militar de Cachemira en 1947 –las fuerzas indias fueron transportadas por vía aérea hasta Srinagar y tomaron posesión de la mayor parte de la provincia– no fueron lo suficientemente contundentes para Komireddi, que considera que la India debía haberse apropiado de todo el territorio. *Malevolent Republic* también sugiere que China inició en 1962 la guerra fronteriza contra un Nehru excesivamente tolerante, cuando de hecho fue Nehru quien la provocó.

En última instancia, las acusaciones de Komireddi contra Modi no pasan de formar parte de un nacionalismo adyacente al que representa el propio Modi, ya que su edad de oro del «secularismo indio» es necesaria por encima de todo para proporcionar una cobertura ideológica para el control indio sobre un estado con mayoría musulmana como Cachemira. Como él mismo confiesa, «una India que ha dejado de ser secular no tiene ningún derecho en absoluto sobre Cachemira». Sin embargo, las realidades que hay detrás de una «idea de India» basada en la unidad multicultural y la secularidad imparcial quedan totalmente fuera del análisis. Mientras ataca la «generalizada intolerancia» característica de Pakistán, Komireddi evita cualquier análisis sobre la religiosidad hindú que Gandhi sembró desde un principio en el movimiento nacional y que es mayoritaria a una escala mucho mayor. La misma parcialidad es evidente en su planteamiento del hinduismo: ¿qué

grado de «tolerancia» puede mostrar una religión que está fundamentada en la intocabilidad, que mantiene el profundo arraigo de las castas y de sus rígidas estructuras contra el matrimonio entre ellas y que apoya la violencia de un patriarcado profundamente establecido? Estas preguntas quedan sin respuesta en *Malevolent Republic*, donde la violencia hindú solamente aparece como una aberración creada por políticos corruptos del Partido del Congreso.

Preocupado por su polémica contra Pakistán, Komireddi muestra poco interés por los debates más amplios que se producen en la India sobre el grado en que el régimen de Modi representa una ruptura con el pasado y que se reflejan en los trabajos de Aijaz Ahmad, Angana Chatterji, Achin Vanaik, Ashutosh Varshney, John Hariss, Paul Brass y otros autores; de hecho, la mayoría de sus referencias proceden de fuentes occidentales. No presta ninguna atención a la cambiante política de clase/casta en marcha en la India donde, paradójicamente, como han analizado Christophe Jaffrelot y Thomas Blom Hansen, el ascenso de Modi ha supuesto un aumento de la participación política de las castas inferiores, que han entrado en esferas que anteriormente estaban reservadas a una pequeña elite. Significativamente, Komireddi no tiene prácticamente nada que decir sobre el BJP o la amplia «familia» que representa el Sangh Parivar [Familia del Rashtriya Swayamsevak Sangh, RSS: Organización Nacional de Voluntarios], cuyos cuadros sustentan la posición de Modi. Durante décadas, el Sangh ha estado realizando un paciente trabajo organizativo por todo el país y fuera de él (la excelente obra de Peggy Froerer, Tariq Thachil y otros autores sobre esto contradice la visión de la historia basada en el gran hombre que tiene Komireddi).

El Sangh Parivar se ha alimentado de voluntarios y militantes de base procedentes de múltiples sectores de la sociedad. Además de la RSS se hallan activos también el Vishva Hindu Parishad [VHP: Consejo Universal Hindú], establecido para forjar una identidad corporativa hindú y unir a todas las sectas hindúes en oposición al islam, que genera grandes fondos para financiar las campañas de Modi, así como las muchas organizaciones afiliadas a la primera de ellas: sindicatos, organizaciones campesinas, de mujeres y estudiantes y cientos de ONG. Estas organizaciones han empleado años para arraigarse en la sociedad india tanto prestando servicios de asistencia (colegios, ambulatorios, centros comunitarios), como por lo que Paul Brass ha llamado sistemas institucionalizados de amotinamiento. Además de su trabajo en los feudos hindúes, los *pracharaks* (propagadores) se han desplazado en moto a remotos pueblos *adivasi* para convertir tensiones socioeconómicas locales en conflictos comunales. Han utilizado los deportes, el ocio y vastas redes de escuelas privadas para crear un nuevo sentido de la disciplina y una visión comunalizada de la herencia cultural y de la historia que supone una transformación de la idea del yo hindú, un proceso que para cualquier programa contrahegemónico es fundamental entender. Aunque

en algunos aspectos la ferocidad de la crítica de *Malevolent Republic* tanto de la India bajo el mando de Modi, como de la era del Partido del Congreso que le abrió el camino, sea actualmente muy necesaria, aquellos que busquen lo que el libro parece prometer, «una historia de la nueva India» –un relato multifacético de la reafirmación de la hegemonía del Sangh Parivar sobre este extenso país– tendrán que buscarla en otra parte.